

LOS AMOBLAMIENTOS DE LA HISTORIA*

Guido Barona Becerra**

Resumen

La historia, al igual que la novela del mismo tenor, al constituirse como poéticas de la temporalidad, requieren clausurar ontológicamente los hechos narrados para así dar lugar a los desenvolvimientos respectivos de sus tramas. Este quehacer se ha querido diferenciar entre sí por medio del reconocimiento, para la historia, de la indagación de lo sucedido verdaderamente en el pasado mientras que, para la novela, se ha insistido en su carácter ficcional. Esta diferenciación no excluye el que tanto una como la otra poética del tiempo recurran a configuraciones ontológicas situadas más allá de la dicotomía verdad/ficción. La duración adquiere así un carácter mistificador de la clausura de la temporalidad. El presente de existencia de los respectivos narradores se constituye en la matriz configurante de aquello que es narrado por medio de la mimesis de mundo y la transferencia al pasado de lo todavía no concluido; es mito y metapoyesis de un ayer.

Palabras clave: Amoblamientos de mundo; dispositivo anamnético; imaginación; clausura ontológica; actante; metamorfosis; transferencia; duración; mistificación de la muerte; modus; Hermes; horizonte.

Abstract

The history, as well as the novel of the same tenor, at establishing as poetics of temporality, requires ontological enclosure of the facts of the narrative to give place to the respective development of its plot. This task has been differentiated by the recognition, for the story, to inquire about what really happened in the past, meanwhile for the novel, its insisted in its fictional character. This differentiation does not exclude that both poetics recur to ontological configurations situated further than the truth/fiction dichotomy. The duration acquires a mystifying character of the temporality clause. The presence of existence of the respective narrators is constituted in the configuring matrix of that narrated by the mimesis of the world and the transfer to the past of what's not yet concluded; it's yesterday's myth and metapoyesis.

Key words: Furnishing's of the world, anamnetic dispositive, Imagination; ontological closure; actant; metamorphosis; transference; mistification of death; modus; Hermes; horizon.

Presentación:

En un libro maravilloso por la frescura e ironía de lo que dice Umberto Eco,

* Artículo tipo 2: de Reflexión. Según clasificación de Colciencias.

** Historiador; profesor Titular del departamento de Historia de la Universidad del Cauca; integrante de los grupos de investigación, “Antropología Jurídica, Historia y Etnología”, Universidad del Cauca, “Estudios Regionales y Territoriales”, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, reconocidos por Colciencias en las categorías A y B, respectivamente.

después de explicar y contar las peripecias vividas en la escritura del texto medieval, *El Nombre de la Rosa*, se refiere, a esta invención y dispositivo anamnético, como novela histórica (Eco, 1985, p. 81). Lo asombroso y fascinante de su confesión no es sólo la sustentación del carácter de su escrito sino el desparpajo de su decir. Para Eco, tal parece, la paradoja de la relación trazada, entre la novela como narrativa de ficción y la historia como descripción y narrativa de lo sucedido verdaderamente en el pasado, no existe o por lo menos en ella no es insuperable la contradicción, que a primera vista se expresa, en la identificación del género literario a que, según él, pertenece su texto con la pretensión de decir la verdad por parte de la historia.

Situado más allá de cualquier duda sobre las competencias de Eco, en torno a las clasificaciones literarias, ingreso a las maneras del hacer del semiólogo en trance de novelista. Descubro perplejo que en su caso no basta la imaginación entendida simplemente como facultad de crear, de representar cosas reales o inexistentes, materiales o ideales; que su narración no fue sólo un contar sobre el medioevo sino decir en el medioevo por boca de un cronista de la época (Eco, 1985, p. 25). Turbado un poco por aquello que se manifiesta ante mis ojos, que el escritor de esta novela histórica no quiere violentar una época sino sumergirse en ella sin deslizarse, sin abandonar el espesor de su presente de existencia, me siento dialogando con un historiador. Igual situación se me presentó años antes cuando leí la novela, de Tomás Eloy Martínez (Martínez, 1995), sobre la muerte y vida de Eva Perón. Aquí el orden de enunciación no ha dado un traspies puesto que no me refiero a la Eva Perón, que una vez existió con su propia autonomía vital de ser una mujer habitante de la Argentina de Perón. Aludo, por el contrario, a la protagonista de un texto novelado. El orden de enunciación propuesto compromete al escritor de novelas históricas y de historias no noveladas, sean éstas ficcionales o no, para componer las tramas narrativas intercruzantes y sus funciones actanciales respectivas, para llevar la narración desde su principio a su fin.

Muerte y vida son el dispositivo requerido para narrar históricamente algo. Pero esta muerte aquí no es castigo, no es sanción ni punición al cuerpo por su falta, por cualquier transgresión cometida. En mis palabras, muerte es clausura ontológica de algo en la poética del tiempo. El Adso de dieciocho años o el octogenario, la Eva de Perón, el Ursúa conquistador, como cualquier otro actante en una narración histórica así ésta también comprometa al oro, a las haciendas, a los remaches, al sin fin de objetos historiados por quienes escriben novelas, por los historiadores e historiadoras, tienen que estar clausurados ontológicamente para hacerlos vivir en las respectivas narraciones que sobre ellos y ellas se hagan, se compongan. La tristeza de las putas de García Márquez, independientemente de la calidad literaria de esta obra, es la tristeza del anciano, que se acuesta con las putas, y también de Florentino Ariza en los momentos del amor en los tiempos del cólera, ante la certeza de la muerte de su vitalidad, de su libido ante el cuerpo bello o feo, no importa, evadido de la morbidez de sus formas, que el anciano y también Florentino y la vieja Fermina Daza, rememoran en la radical intimidad de la reflexividad de mundo, de los mundos perecidos, abandonados por la vida. Vivir es clausurar ontológicamente lo vivido para poder decir lo disfrutado, lo sufrido. El dolor humano, cualquier dolor, sólo puede ser descrito y narrado después de

cerrado, después que ha dejado de ser. Lo mismo sucede con las pasiones y más con la pasión amorosa; de ellas hablamos cuando ya están clausuradas así sea para retornar con más fuerza, si se quiere, a la intensidad del cierre de la palabra, que es toda pasión, incluida la tanática.

Todo lo denotado hecho, sea histórico o no, se desliza entre un principio y su final. Estos dos momentos extremos trazan límites de diferenciación con otros hechos o con sus ausencias efectuales; de ahí proviene la identidad del hecho, su intensidad y sus posibilidades de identificación:

Dijo que cuando lo dejó el barco en Santa Marta, se sintió físicamente perdido entre la selva, ahogado por la explosión verde; pero que al segundo día, comenzó a buscar, y encontró que la sola forma de dominar el paisaje era abrirle caminos por un lado, por otro, para extraerle toda la leche de sus frutas. Dijo también que en el desajuste de su huída de Europa, con las manos manchadas de la sangre del hombre muerto en duelo, encontraba un paliativo en este paisaje, que después del primer temor empezaba a sentir parecido a su propio espíritu, con el cual había venido a enfrentarse, y dentro del cual iba a cumplir un proceso semejante al que realizaría en la tierra que le tocara (Gómez, 1977, p.9).

Todo principio requiere la permanencia de la muerte, la ruptura, por lo tanto la conclusión de algo que está, cuando menos, en la memoria que se transfiere al futuro a través de la negación y transformación fenoménica de lo recordado; este es su impulso vital. Metamorfosis a través de la mimesis de mundo y transferencia por medio de la temporalidad discursiva, no sólo vectorial si no del suceder fenoménico; son éstas las dos operaciones básicas del oficio de los narradores y narradoras de cuentos e historias, de historiadoras e historiadores. Estas dos operaciones hacen de ellos y ellas demiurgos, inventores e inventoras, falsificadores y falsificadoras; esto dijo Giorgio Antei, en el prólogo de su libro, ante las crónicas referidas al Reino de Chile (Antei, 1989); esto dijeron los organizadores del coloquio internacional e interdisciplinar relativo a los derroteros seguidos en la investigación de la trayectoria cultural del mundo hispánico: «Sin duda, los factores culturales son de una importancia central en las conductas humanas, pues, ciertamente, las actitudes de los hombres también responden a la imagen que tienen de ellos mismos y no sólo a las condiciones “objetivas” que los rodean» (González, 2003, pp. 7 – 9).

Estas palabras hace cuarenta años eran impronunciables en los medios universitarios colombianos y en muchos coloquios internacionales. El primado de las “condiciones objetivas” era algo de lo que no se dudaba, no obstante ser parte de las “retóricas de la crisis”; de formas, de tecnologías y figuras de enunciación cuya realidad era textual; todas ellas respondían a modos de interpretación intencionales. Las retóricas a las que aludo no son estrictamente personales, así estemos en capacidad de decir quién las pronunció y aun datarlas. Estas labias, que hoy configuran los laberintos para los que no hemos encontrado los respectivos hilos de Ariadna, los colombianos y colombianas, los extranjeros y extranjeras que hoy hacen de Colombia su lugar de

enunciación y argumentación, proceden de los amoblamientos de mundo, de nuestros mundos atendiendo a la diversidad de lo que somos; también las formas de decir algo de algo son muebles. Basta para darme cuenta de ello un espléndido ejemplo proveniente del decir de Carlos Martínez Silva, a mediados del siglo XIX:

La raza que allí predomina (en la antigua provincia del Socorro) es acaso la menos espiritual e imaginativa de Colombia. Los socorranos son fríos, adustos en su trato, incapaces de entusiasmo por una idea fanática o que se avecine siquiera a las regiones de lo ideal; carecen de sentimiento estético y no gustan de letras ni de artes, ni de nada que hable a la fantasía o al corazón. Su única musa es el trabajo (España y Palencia, 2001, p. 7).

¡Quien sabe cuales eran los referentes literarios y estéticos de este personaje! Lo que sí es cierto es la permanencia de la “visión y de las retóricas de la crisis”. Algo más de treinta años después de dichas estas elocuentes palabras, en 1896, León Lamed, dijo de los trabajos literarios de Ismael Enrique Arciniegas, algo parecido (España y Palencia, 2001). La larga duración de estas hablas es inquietante; por lo menos, a mí me lo parece. Todavía hoy se dice, y ya no en referencia a la literatura y la estética, que si la economía colombiana crece en el PIB en una proporción muy próxima al 8% anual, estamos dentro de una “burbuja” que muy pronto se “reventará” y con este “reventón” vendrán días aciagos para los habitantes del país que somos. La “objetividad” de estos decires descansa en ciertas formas del hacer, en el *modus*, y en la herencia milenaria que dejó un personaje mitológico, *Hermes*, que inauguró, para el racionalismo latino, según Eco (1992, pp. 49 – 55), la impenetrabilidad, los claroscuros interpretativos de mundo; algunos y algunas dirán hoy, los misterios de la semiosis. En estos arcanos, en estos entresijos de la vida los historiadores e historiadoras, las novelistas y los novelistas, tenemos la pretensión de situarnos para amoblar los mundos de que hablamos en las respectivas poéticas de la temporalidad humana.

Duración y mistificación de la muerte:

Las cosas duran; los seres humanos duramos; las ideas duran; la vida dura y con ella, extraña e inquietantemente, la muerte también dura. Estas certezas, ¿siempre han sido persuasiones? Si preguntamos a un hombre o a una mujer de hoy, habitantes de cualquiera de los mundos del judeocristianismo, por la realidad de estas convicciones puedo afirmar, sin tanto temor a equivocarme, que sus respuestas carecerían de dudas; serían irremediablemente afirmativas. Si en la encuesta propuesta de la permanencia del existir interrogara por la duración de Dios, también estoy seguro que me dirían que Éste, en tanto que existe, siempre dura, ya que el deslizamiento de sentido sería imperceptible. Hablarían de Jesús el Profeta, de su vida y de su muerte, sin darse cuenta que este Dios para poder vivir, para poder ser un existente sometido a las condiciones existenciales de la sociedad y cultura en que se desenvolvió su vida, tuvo que nacer y morir, es decir, hacerse hombre, el segundo Adán. Del misterio de la Trinidad este es el único actante del cual su vida puede narrarse; el Padre y el Espíritu Santo son inenarrables; no pueden ser inscritos en alguna poética del tiempo porque son eternos; carecen de principio y por lo tanto de

fin; no son mortales.

Aunque no voy a introducirme en una reflexión sobre la mitopoética del cristianismo, retomo estos elementos para poner de presente en la modernidad-moderna, que nos compete, la irreductibilidad de la permanencia del mito en el calendario cristiano. En esta modernidad, que tiene la ilusión de deberse únicamente a sí misma (Zermeño, 2002, p. 43), sólo Dios, el impronunciable, no dura; de resto, todo lo demás, tiene duración. ¿Esto siempre fue así?

En el año 170 de la era cristiana, en Preneste, la actual Palestrina, en el Lacio, nació Claudio Eliano (1996, p. 6). Este representante de la Segunda Sofística nunca salió del Lacio, según cuentan, y no conoció el mar; estimó la “naturaleza” como regla de conducta humana y dijo, como todos los demás estoicos, «*que las cosas son lo que son y el hombre también*» (Eliano, 1996, pp. 5 - 6). Escribió una historia, más exactamente un testimonio, sobre los animales; alguien podría decir aquí y ahora, que es un representante de la historia testimonial. Lo llamativo de esta obra es el carácter de la historia: carece de una poética del tiempo. Abriendo el libro al azar, para extraer una cita, encontré la siguiente:

Animales anunciadores del tiempo. Tengo oído que los egipcios dicen que el antílope es el primero en barruntar la aparición de la constelación Sirio, testimoniándolo con su estornudo. Y los libios sostienen con energía que las cabras, en su país, saben también esto con antelación. Además, anuncian con tiempo la lluvia que va a venir. En efecto, cuando salen de los apriscos, se lanzan a todo correr al forraje. Cuando ya están hartas, se dirigen a casa y, viéndose en camino, se tranquilizan y esperan al cabrero para que las lleve lo más rápidamente posible (Eliano, 1996, p. 250).

Estamos en presencia de antílopes y cabras interpretantes del tiempo cosmológico; no de tiempos humanos. ¿Será esto cierto? Al retornar al libro de las apostillas de Eco encontré un acápite, “La novela como hecho cosmológico”, en el que dice que la «*cuestión es construir el mundo, las palabras vendrán por sí solas. Rem tene, verba sequuntur*» (Eco, 1985, p. 28). Amueblar mundos, de estas cosas tratan las historias verdaderas y las historias de ficción, que son tan verdaderas como las primeras en mi enunciación. El amoblamiento y sus límites proceden del mundo subyacente, metahistórico, lo cual nada tiene que ver con el realismo objetivista aunque lo comprometa (Eco, 1985, p. 29). Nuevamente estoy en presencia del *modus* y de *Hermes*, del límite y de la insondable incertidumbre de los sentidos en la interpretación, en la historización de un mundo:

Cuando sólo una visión mil veces más aguda que la que la naturaleza puede dar sería capaz de distinguir por el oriente del cielo la diferencia inicial que separa la noche de la madrugada, despertó el almuédano. Despertaba siempre a esta hora, según el sol, y le daba igual que fuese verano como invierno, y no precisaba de ningún artefacto de medir el tiempo, sólo de una infinitesimal mudanza en la oscuridad del cuarto, el

presentimiento de la luz sólo adivinada en la piel de la frente, como un tenue soplo que pasara sobre las cejas o la primera y casi imponderable caricia que, por lo que se sabe o cree, es arte exclusivo o secreto, hasta hoy no revelado, de aquellas hermosísimas huríes que esperan a los creyentes en el paraíso de Mahoma. Secreto, y también prodigio, si no misterio impenetrable, es la virtud que ellas tienen de rehacer la virginidad apenas la pierden, bienaventuranza suprema, por lo visto, en la vida eterna, lo que definitivamente viene a demostrar que no se acaban con éste los trabajos propios y ajenos, otrosí los sufrimientos inmerecidos. El almuédano no abrió los ojos. Podía continuar tendido algún tiempo, mientras el sol, muy lentamente, se venía acercando desde el horizonte de la tierra, pero tan lejos de llegar que ningún gallo de la ciudad había alzado aún la cabeza para indagar los movimientos de la mañana. Cierto es que ladró un perro, sin resultado, que los demás dormían, tal vez soñando que en sueños ladraban. Es un sueño, pensaban, y se dejaban quedar durmiendo, rodeados por un mundo poblado de olores sin duda estimulantes, pero ninguno tan urgente que los hiciese despertar en sobresalto, el olor inconfundible de la amenaza o del miedo, por no dar si no estos ejemplos elementales. El almuédano se levantó tanteando en la oscuridad, encontró la ropa con que acabó de cubrirse y salió del cuarto. La mezquita estaba silenciosa, sólo los pasos inseguros resonaban bajo los arcos, un arrastre de pies cautelosos, como si temieran ser engullidos por el suelo (Saramago, 2001, pp. 14 – 15).

Nuevamente el diado supremo de una narración historizante, esta vez en boca de Adso, el monje octogenario y medieval, amoblando el mundo:

Ya al final de mi vida de pecador, mientras, canoso y decrepito como el mundo, espero el momento de perderme en el abismo sin fondo de la divinidad desierta y silenciosa, participando así de la luz inefable de las inteligencias angélicas, en esta celda del querido monasterio de Melk, donde aún me retiene mi cuerpo pesado y enfermo, me dispongo a dejar constancia sobre este pergamino de los hechos asombrosos y terribles que me fue dado presenciar en mi juventud, repitiendo verbatim cuanto vi y oí, y sin aventurar interpretación alguna, para dejar, en cierto modo, a los que vengan después (si es que antes no llega el Anticristo) signos de signos, sobre los que pueda ejercerse la plegaria del desciframiento (Eco, 2004, p. 15).

Barruntando de la pretensión de Eco, de escribir en el medioevo, me hago una pregunta que hoy no puedo responder: ¿las palabras de Adso, son medievales, no son anacrónicamente modernas? Supongo, no sé, que un hombre del medioevo, al percibir la decrepitud de su cuerpo, podía decir, «*Ya al final de mi vida de pecador, canoso y decrepito como el mundo*»; empero, ¿podía hablar de su juventud? ¿Cuál es la genealogía de esta metáfora? Si me atengo al Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana, de Rufino José Cuervo, me doy cuenta que esta palabra no existe en sus páginas. No me sucede lo mismo cuando consulto al diccionario latino; encuentro las palabras *pueritia* (de 7 a 17 años), *adulescentia* (de 17 a 30), *iuventus* (después de 30

años), relacionadas con la palabra castellana de juventud. Según esto, y si hemos de creerle a Eco, en la memoria de Adso, que como mínimo, según el diccionario latino, tenía 30 años de edad cuando vivió los sucesos consignados en el pergamino, sólo ingresaron, como acontecimientos dignos de ser recordados, los hechos vividos en la abadía a finales de los 1327 años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Esta memoria necesariamente tuvo que ver con el horizonte de lo histórico de la Edad Media, regulado por el Plan Divino de la Creación. Plan en que las cosas y los seres humanos carecen de un tiempo propio, de una duración propia, pues, como lo dice Adso en su escrito, sólo estaba esperando el momento de perderse en el abismo sin fondo de la divinidad desierta y silenciosa, participando así de la luz inefable de las inteligencias angélicas. Adso sabía que su alma era inmortal, que no perecía; también sabía o por lo menos tenía la esperanza a sus ochenta y más años de vida, en el supuesto que los pudiese datar, que su alma y luego su cuerpo se salvarían, única posibilidad de participar así de la luz inefable de las inteligencias angélicas. Desde mi punto de vista y sin ser experto medievalista, Umberto Eco cometió una falta en su amoblamiento del mundo medieval: puso a decir a Adso, a repetir lo que vio y oyó, cuando, si del medioevo se trata y de acuerdo con el campo semántico de la predicación en este mundo, primero oyó y luego vio; a esto se debe la enorme importancia de las “charlas familiares”, del *sermo*, de los sermones. Eco fue víctima de la seducción y atracción modernas de las imágenes. No tuvo en cuenta la *inventio*, la *dispositio*, la *elocutio*, la *memoria* y *pronuntiatio*, relacionadas todas con el *ornatus*, el cual se sitúa en la *elocutio*, una de las operaciones que intervienen en su producción. Dejó de lado, quién sabe por qué, la totalidad del proceso retórico descrita en “las secciones del arte del decir persuasivo”, o “habilidades del orador”, contenidas ya en la *Rhetorica ad Herennium* atribuida a Cicerón y más recientemente a Cornificio (hacia el siglo I a. C., 64), quien dijo:

Invención es el descubrimiento de las cosas verdaderas o verosímiles que hagan probable la causa. La disposición es el orden y distribución de los temas, la que muestra en qué lugar se ha de situar cada cosa. La elocución es la acomodación de las palabras y las sentencias idóneas a la invención. La memoria es la firme retención en el pensamiento del sentido, de las palabras y de la disposición. La pronunciación es la regulación graciosa de la voz, del rostro y el gesto (Carrere y Saborit, 2000, p. 185).

Sé que hasta el momento me he dedicado a las novelas históricas para dar una idea de los amoblamientos de mundo y de cómo éstos, dependiendo de cómo se compongan, mistifican la muerte (ya sea la muerte eterna en la Edad Media o de los seres, objetos y cosas, en la modernidad-moderna), a través de la duración. Ahora me referiré a los amoblamientos de mundo de los historiadores e historiadoras, que describen lo sucedido y narran el mundo, sus mundos, contando la verdad de los procesos, dotados de esta sola intencionalidad, para no falsificar lo sucedido en el pasado.

Hoy hace 47 años que Harry Truman se inventó, de nuevo, un mundo. En su discurso de posesión como Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, pronunciado un 20 de enero de 1949, habló del “trato justo”. Dijo que más de la

mitad de la población del mundo vivía en condiciones cercanas a la miseria; también dijo que la pobreza de esta miríada de hombres y mujeres constituía un obstáculo y una amenaza tanto para ellos y ellas como para las áreas más prósperas (Truman, citado en Escobar, 1998, p. 19), por lo cual había que erradicar esta pobreza; este fue el sentido de su “trato justo”. El amoblamiento del mundo de Truman, como el de millones de norteamericanos y europeos, como el de los dueños del poder político y económico en la mayoría de los países de América Latina, fue singular. El primado de esta singularidad fue la pobreza, no sólo entendida como incapacidad de consumo por la pésima redistribución del capital en la mayoría de las poblaciones latinoamericanas, también de África y Asia, sino como amenaza. El mayor imperio económico y militar de la historia, junto con los ya viejos imperios de la modernidad-moderna y las élites de las segundas y terceras periferias, y de las arenas exteriores, se sentían amenazados por la pobreza. Esta amenaza no surgía de la nada; en Yalta los vencedores de la segunda gran fiesta de la muerte en el siglo XX se habían dividido el planeta, con plena exclusión de la mayoría, de los miles de millones de interesados, sin afectarse por sus opiniones, y a su vez habían compuesto una “sinfonía sangrienta” cuyos intérpretes, las democracias liberales y capitalistas se enfrentaban ideológica, política, militar y económicamente, a la hoz y al martillo de economías planificadas, de socialismos totalitarios; fue la Guerra Fría entre el primer y segundo mundo, de acuerdo con la clasificación de mundos que los líderes internacionales y los burócratas de la ONU y del Banco Mundial, se pudieron inventar. Quienes no estuvimos en esta partija de mundos nos correspondió, en la gradación de la pobreza y la miseria, el tercero: los territorios donde se enfrentarían los dos súper poderes bajo la modalidad de “guerras de baja intensidad”; de esto creo que los colombianos y colombianas sabemos un poco, por lo menos, desde lo vivido.

¿Por qué iniciar desde esta fecha y momento mi examen de los amoblamientos de mundo de las historiadoras e historiadores en Colombia? Más allá de la arbitrariedad del golpe de dados que es la palabra, según Mallarmé, el punto de partida de mi examen reconoce, que fue en el marco de la Guerra Fría, que la descripción y la narrativa históricas se hicieron ciencia en este País; por lo menos esta fue la pretensión y es lo que todavía se dice en más de un congreso de la disciplina, ya sea que se realice por dentro o por fuera de las fronteras geopolíticas de esta República.

La exigencia de la actividad científica en la historia de Colombia como de la mayoría de países del orbe planetario, no importando el mundo en que se encontraban inscritos, de los métodos, de las cuantificaciones, de los análisis rigurosos y sistemáticos, partió de la urgencia, de la necesidad de los modelos. En las sociedades masificadas de la modernidad-moderna se requirieron los “conjuntos inertes” para poder describir y narrar científicamente la historia; lo inerte de estos conjuntos todavía está dado porque de sus entrañas se expulsan existentes específicos para llenarlos de contenidos de sus condiciones existenciales. Estos conjuntos se encuentran por fuera del mundo de la vida porque no palabrean ni mundifican; porque carecen de la autonomía de todo existente sin interesar si es loco, mudo o sabio, de habitar cada uno de ellos su propia casa del ser. Lo paradójico de todo esto fue a lo que se llegó:

historias de indeterminaciones, de inexistentes existentes sólo en las palabras, en los discursos.

¿Cómo ama y cómo sufre un campesino o campesina, un esclavo y una esclava, un indio y una india, un criollo y una criolla, un blanco y una blanca? ¡Elipsis de la palabra!, en las historias pretendidas científicas, no así en el Alférez Real y mucho menos en María. La misma pregunta pudiéramos hacer para la clase alta, media o baja, para la burguesía, el proletariado y la pequeña burguesía. ¡Silencio de los discursos científicos! Empero, hoy, mejor todavía, cada uno de nosotros y nosotras componemos sentidos de historia en estos vacíos de las palabras y los discursos porque somos agregados o nos adscribimos voluntariamente a uno o varios conjuntos inertes para componer alguna identidad y vivir así la pasión y propiedad que desde el siglo XIX tienen las revoluciones, que no pueden sacar su poesía del pasado sino del futuro, por lo cual tienen que dejar que los muertos entierren a sus propios muertos para llegar a su propio contenido (Marx, citado en Koselleck, 2004, pp. 112 – 113). Los amoblamientos de mundo en las historias pretendidas científicas aludieron a relaciones ya fueran éstas económicas, sociales y aun políticas, y no tanto a los seres humanos; cuando lo hicieron éstos fueron agrupados en metáforas ontológicas unas (paisa, antioqueño, boyacense, santandereano, caucano), dicotómicas las otras (capitalistas, empresarios, hacendados, obreros, campesinos, proletarios), hasta llegar a metáforas tales como desplazados, colonos y migrantes; ni qué decir de las metáforas culturales.

¿Cómo fue el mundo, en las historias científicas, de los trabajadores y empresarios de la tierra caliente del Valle, para situar un solo caso? ¡Silencio! ¿Es cierto este silencio? No, no lo es. Fue el mundo de la explotación económica de unos seres humanos sobre otros, de las tecnologías productivas, de los precios y las demandas agregadas, de las relaciones políticas de los “capitanes” de industria con los “partidos tradicionales” y con los mandatarios locales; este fue su único mundo. El resto, las cotidianidades de unos y otros, de otras, de las oposiciones dicotómicas enfrentadas en una “lucha de clases”, por lo general fueron encubiertas o a duras penas esbozadas:

Pero fue Modesto [Cabal], hijo, quien a cabalidad se desempeñó como capitán de industria hasta su muerte el día 2 de abril de 1980 [...]. De una disciplina casi espartana, de convicciones y prácticas católicas completamente tradicionales y de una ideología política netamente conservadora, nos parece que Don Modesto fue una expresión típica de los empresarios azucareros vallecaucanos. Entre sus íntimos amigos se contaron los dos jefes más destacados del partido conservador desde la década de los treinta: los expresidentes Laureano Gómez y Mariano Ospina Pérez. Contribuyó como ninguno al sostenimiento de órdenes religiosas y al embellecimiento de los templos de Buga [...]. Pero no pudo admitir que un sacerdote pudiera seguir siendo tal sin la sotana: “Hace algunos años, al salir de la Basílica del Señor de los Milagros de Buga, le saludó un sacerdote vestido de cleryman y Don Modesto, sin ocultar su estupor, exclamó: “Yo no sabía que los sacerdotes andaban disfrazados” [...]. Era normal que para una personalidad de los perfiles ideológicos anotados, la familia constituyera el principio y fin de todas

sus prácticas. María Teresa, una de sus hijas, fue su secretaria privada durante los últimos siete años [...] Es precisamente María Teresa quien da testimonio de la dedicación de Don Modesto a su empresa familiar: “Su capacidad de trabajo era impresionante, siempre contaba que empezaba su labor a las cinco de la mañana. El primer memo que recibía en las primeras horas, por lo general estaba escrito en la servilleta que había tenido durante el desayuno [...]” (Rojas, 1983, p. 18).

Esta descripción y narrativa de anécdotas provocadoras de sentidos interpretativos de un hombre y su mundo, hecho expresión típica, paradigma, de los empresarios azucareros del Valle, ¿no reduce implacablemente a los otros seres humanos, hombres y mujeres, al silencio de sus vidas? Don Modesto, ¿era el único habitante de esta comarca que se levantaba espartanamente a las cinco de la mañana, cuando el alba, cuando las luces del sol que todavía no llega a calentar las tierras de este valle se anunciaban tímidamente en su horizontes preñados de cadenas montañosas? Los trabajadores del Ingenio Pichichí, sus familias, ¿no eran acaso católicos fervientes de olla, misa y cebolla? ¿La cotidianidad de Don Modesto era única y singular y no comprometía a la mayoría de quienes habitaban estas feraces tierras? El resto de “capitanes de industria”, de empresarios azucareros del Valle, ¿eran tan provincianos e ignorantes para no reconocer el cleryman de un sacerdote católico, en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, cuando la mayoría de ellos ya habían visitado y se habían educado en las tierras opulentas del Norte, del hasta ahora el único imperio-mundo que queda de la modernidad-moderna occidental judeocristiana? Tal parece que Don Modesto fue un ser bifronte; que su vida se desenvolvió entre la modernidad-moderna de la economía agroindustrial azucarera al tiempo que su imaginario de vida, de iglesias adornadas y obras pías, se encontraba anclado a la duración de un mundo cuya cronología, datada por otros historiadores e historiadoras, se remonta a los siglos que, con su simple enunciación, hablan de una colonia, de una República incipiente y frágil. ¡Extraña paradoja ésta en la forma de amoblar históricamente un mundo!

Esta historia, que hoy encuentro consignada con caracteres misteriosos en un libro, es un recorte de mundo; hace parte de las narrativas de mundos recortados en tanto que modelados por indicadores de eficiencia tecnológica, de productividad y rentabilidad, de funciones de producción de punta declarando obsoletas las funciones de producción de antaño; son historias de recortes objetivos, los amoblamientos, en las que a duras penas emerge, tímida y balbuceante, la subjetividad humana sea ésta la de un empresario o la de un humilde trabajador del campo, del funcionario de un ingenio o de una secretaria, cofre, arcón fiel de los secretos de un hacedor y componedor de mundo. En ella tampoco emerge la vida tal y como la vivimos; queda reducida a decisiones y acciones instrumentales en pos del crecimiento económico de una sociedad.

Empero, alguien, cualquiera de ustedes podría decirme al superar el “pánico escénico” y tomar la palabra en este recinto, que esta es una historia del siglo XX; que las mujeres y hombres en este siglo vivimos para la economía y por la economía; que el historiador al contar su historia no falsificó los amoblamientos

del mundo que narró en su escrito. Nada puedo decir ante tamaña objeción y tampoco negar mi resistencia. En mis soliloquios nocturnos al dejar fluir las “memorias episódicas”, de Teun van Dijk (2003, pp. 20 – 22), propias de mi diario discurrir por el mundo, me pregunto por los seres humanos, prótesis de silicona, entre otros más. Encuentro en ellos, pero descomunadamente en ellas, el neoplatonismo de un mundo de la contemporaneidad. ¡Sombras vivientes de modelos ideales de belleza y eroticidad! ¡Dolor humano, vergüenza humana de cuerpos de existentes que anhelan ser esculpidos quirúrgicamente para durar como sombras de sí mismos en el espejo de la vida! ¡No quieren morir, no quieren vivir su vejez, es todo un problema de demora!

Cuando pienso en esto, cuando me doy cuenta que en el Diccionario Ilustrado de los Monstruos, de Máximo Izzi, en su próxima edición, tal vez, posiblemente, me encuentre representado en esta obra maravillosa, recuerdo, para aliviar mi dolor y comprender mi mundo, las palabras leídas de un viejo, que no es Adso, pero que como este monje medieval vivió largamente 102 años para morir reconciliado con el mundo, sufrido y tal vez reído por él. En las entrevistas que concedió Hans-Georg Gadamer a Silvio Vietta el 31 de agosto y el 3 de septiembre de 2001, seis meses antes de su muerte, sucedida el 13 de marzo de 2002, al escuchar el hermeneuta la afirmación de Vietta en torno a la vida, *«pensándolo bien, la vida ya se ha modificado fuertemente. Resulta alargada por la medicina, una medicina de prótesis que aun es relativamente inofensiva en comparación con lo que planea la nueva biomedicina. Pero en última instancia el alargamiento de la vida es ya un hecho hoy. La gente en los países ricos alcanza una edad media más avanzada»* (Gadamer, 2004, p. 46)¹, Gadamer dijo: *«No, me cuesta creer en ello. Yo lo diría de la siguiente manera: la finitud no desaparece por medio del alargamiento de la vida»* (Gadamer, 2004).

La finitud, ilusoriamente negada en los cuerpos prótesis, es hoy el límite, la marca, el *modus* de la duración; en el medioevo era la condena y el castigo de los hombres y mujeres por su soberbia y desobediencia a la divinidad judeocristiana. En la tragedia de *Prometeo encadenado*, Esquilo se jacta de haber traído a los hombres la memoria, la mitológica nodriza de todas las artes (Gadamer, 2005, p. 45), entre ellas la del narrar y describir algo de algo de un mundo. La esperanza de salvar la vida, el condenado a muerte por la justicia humana y aun por la divina, nace al recordar, al hacer memoria que su juez es tan humano como él, que también se sabe transgresor; lo mismo le sucede a aquel que se sabe condenado por su Creador; le recuerda, le hace memoria a través de la oración, que el Dios hecho hombre se sacrificó por él y por todos como él; con la memoria apela al perdón.

Cierto o no, aceptada o rechazada esta fe, esta creencia, esta concepción de

¹Sería fascinante interpretar las palabras de Vietta desde la ironía y decir con él y con Umberto Eco, que la gente de los países ricos, al alcanzar una edad media más avanzada, recuerda el crisol en que se fundió Europa y el mundo de la modernidad-moderna; es el engaño de la esperanza del futuro pasado de una humanidad que ansía llegar con sus cuerpos a la inmortalidad del espíritu que dio origen a su cultura.

mundo, hoy escuchamos en las “voces del secuestro”² las memorias que recuerdan a los muertos en suspenso. Olvidan para poder recordar y una vez más olvidar; esta es su dialéctica. Los hombres y mujeres de las FARC, del ELN, de todos los ejércitos insurgentes en el mundo, al igual que los paramilitares, que los soldados y policías de una Nación que se debate entre sus incertidumbres y miserias, recuerdan su dolor, su rabia, sus angustias, sus miedos y sus historias episódicas, para olvidar la humanidad de los que matan con sus armas, los linajes de los secuestrados o aprisionados que están entre sus manos, entre los árboles y el follaje denso de una selva o entre los muros sombríos de una cárcel.

Memoria y olvido, este también es el quehacer de las historiadoras y los historiadores, de las escritoras y escritores de novelas históricas para componer mundos; somos visitantes de los cementerios y de todos aquellos dispositivos mnemotécnicos que nos recuerdan el orden de lo que puede ser dicho de un momento, de los objetos y las cosas, de los seres humanos de edades historiadas. Cuando ingresé a los mundos idos de los siglos XVIII y XIX, iluminado por las teas que me habían entregado Germán Colmenares y Carlos Sempat Assadourian, junto con otros historiadores más cuyos nombres sería muy largo recordar, visité los archivos coloniales y busqué todo aquello que me sirviera para amoblar el mundo que habitaron, que dijeron y soñaron, unos hombres y mujeres de colores blancos, pardos, oscuros y leonados, marcas semióticas de sus purezas e impurezas morales, según decía la religión de mis mayores y la de ellos y ellas, por supuesto. A lo largo de interminables y muchas veces aburridoras horas de búsqueda de aquellos evadidos de su negación ontológica, los documentos, y de lectura de sus contenidos, poco a poco amoblé este mundo, que ya era mi mundo. Lo extraño de todo era que este amoblamiento no salía de la documentación consultada; provenía de mi mundo de finales del siglo XX.

Los registros del oro que encontré fueron precipitados a matrices estadísticas de las que ni noticia tuvieron quienes vivieron en las centurias por este historiador visitadas. Ellos, dócilmente se dejaron relacionar por lógicas matemáticas y analíticas, provenientes de sus destiempo. Imaginé una cartografía en la que el archipiélago era la metáfora que regulaba mi discurrir. Cuando pasé por Nóvita y Citará, por el Raposo y los Siete Reales de Minas, por el mazamorreo del río Palo en Caloto, por la Piña de Oro de la Gobernación y el Virreinato, así llamada Barbacoas por los administradores de la Corona, por los ríos Sipí y Napí, me pregunté cómo diablos reconocían la pureza del mineral de sus afanes y desvelos, para descubrir que, al igual que la pureza e impureza de los seres humanos, diferenciados por las marcas semióticas de sus colores de pieles, el oro podía ser también amarillo canario, rosado fuerte, rojo o blanco, amarillo pálido, todo dependiendo de la proporción de sus mezclas con otros minerales como el cobre y la plata (Barona, 1995, p. 283). Preocupado por la malicia y colusión de los seres humanos, tal parece que es el único universal que hoy reconozco a estos seres, calculé, con metodologías estadísticas totalmente anacrónicas para los siglos en los que me inscribía, las

² Programa radial de Caracol radio en el que, todos los días, a la madrugada, los familiares de los secuestrados y secuestradas por las FARC y el ELN, hablan ante un micrófono para hacerles memoria y concitar el olvido de sus sufrimientos, para así, de esta manera, darles esperanza de un nuevo porvenir.

desviaciones estándar respecto a la ecuación de la recta para llegar a las proporciones de residuos y platina; una vez hecho todo esto abandoné la moneda y el oro para encontrarme con los seres humanos dedicados a estas actividades. Me di cuenta que, como hoy, dormían, bebían aguardiente y comían; por supuesto, también mentían y engañaban a los propietarios de minas y haciendas, y éstos a su vez a los administradores coloniales de las Casas de Moneda y Fundición. Llevado de la mano por las teorías sociológicas de Max Weber y Karl Marx, me interrogué por los intereses de los mineros y hacendados, y luego por los cebadores y expendedores de carne de vacuno en Popayán. Encontré en los libros Capitulares de esta ciudad los registros de las compraventas y del precio de la carne a los compradores al menudeo con lo cual, asombrado, construí una gráfica que le haría la “boca agua” a Edward Palmer Thompson, el historiador que por primera vez habló de la “economía moral de la multitud” (Palmer, 1984, pp. 62 – 134). Mi asombro llegó al límite cuando desvelé en los mismos libros Capitulares que los dueños de minas y haciendas, de dehesas y hatos ganaderos, de fraserías y famas, no eran tan miserables, tan egoístas, como desde mis prejuicios de caleño en Popayán así lo preveían. Supe que estos hombres y mujeres alimentaban a su costa a los presos de la cárcel, a los enfermos del hospital, a los pobres del hospicio, que era el mismo hospital. Me di cuenta que costearon a su costa el puente sobre el Cauca, para que los indios forasteros no se ahogaran cuando llevaban a Popayán los quesos, las alpargatas, las ollas de barro y en fin todo cuanto ellos producían. Lo mismo sucedió con las fuentes de agua para el común. Supe en ese momento que estaba visitando en el cementerio del archivo las tumbas de papel manchado con extraños caracteres de estos hombres y mujeres. En este momento de certezas recién elaboradas cerré el libro; no podía continuar porque estos descubrimientos y desvelamientos, me arrastraban a otras escrituras para las cuales, por estos años, carecía de competencia alguna.

Con estas palabras hoy quiero concluir lo dicho aquí. Desconozco, como es obvio, el parecer de ustedes; sólo espero no haberlos aburrido y cansado. Mi intencionalidad con esta reflexión, porque no hay acto humano carente de intención, es la de provocar una nueva forma de entendimiento de la historia y las historias en este País; no sé si esta forma de sentido es requerida en otros países.

Cuando hablé de la memoria y el olvido lo hice tratando de hacer ver la humanidad de todos y todas. Sé que aunque la sospecha anida en la mayoría de los corazones humanos es posible, todavía, mirarnos y ver al otro, a los otros, en su propia humanidad; no como monstruos, santos o mártires, no como jueces imputando responsabilidades, culpabilidades y, al mismo tiempo, exonerando de ellas a quienes consideramos inocentes, no culpables. Hoy la historia y la literatura en Colombia son los pocos resquicios que nos quedan para comprendernos y comprender a los otros como nosotros. No es exoneración por lo que aboco; es reconciliación al comprender que como alguien dijo alguna vez, que no sé cuando, cada ser humano en un momento de su vida puede ser “ángel y demonio”.

Referencias Bibliográficas

ANTEI, Giorgio (1989). *La invención del Reino de Chile. Gerónimo de Vivar y los primeros cronistas chilenos*, 1ª edición. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

BARONA, Becerra, Guido (1995). *La maldición de Midas en una región del mundo colonial. Popayán, 1730 – 1830*, 1ª edición. Santiago de Cali: Universidad del Valle, Fondo Mixto de Cultura del Cauca.

CARRERE, Alberto, SABORIT, José (2000). *Retórica de la pintura*, 1ª edición. Madrid: Cátedra.

ECO, Humberto (1985). *Apostillas a el nombre de la rosa*, 3ª edición castellana. España: Editorial Lumen.

ECO, Humberto (1992). *Los límites de la interpretación*, 1ª edición. España: Editorial Lumen.

ECO, Humberto (2004). *El nombre de la rosa*. Colombia: Editorial El Tiempo.

ELIANO, Claudio (1996). *Historia de los animales (Libros I-VIII)*. España: Planeta D^EAgostini

ESCOBAR, Arturo (1998). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, 1ª edición en castellano. Colombia; Editorial Norma, Vitral.

ESPAÑA, Gonzalo, PALENCIA, Silva, Mario (investigadores) (2001). *Novelas santandereanas del siglo XIX*, 1ª edición. Colombia: Editorial UNAB, Fundación Arte y Ciencia, Capítulo de Santander, Colección Estoraques.

GADAMER, Hans-Georg (2004). *Hermenéutica de la modernidad. Conversaciones con Silvio Vietta*, 1ª edición castellana. Madrid: Editorial Trotta.

GÓMEZ, Valderrama, Pedro (1977). *La otra raya del tigre*. Colombia, Círculo de Lectores.

GONZÁLEZ S., Carlos Alberto, VILA, Vilar, Enriqueta, (compiladores) (2003). *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, 1ª edición. México: Fondo de Cultura Económica.

KOSELLECK, Reinhart (2004). *historia/Historia*, 1ª edición en castellano. Madrid: Editorial Trotta.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy (1995). *Santa Evita*, 1ª reimpresión. Colombia: Planeta.

PACHECO, Francisco (2001). *El arte de la pintura*, 2ª edición. Madrid: Cátedra.

ROJAS G., José María (1983). *Sociedad y economía en el Valle del Cauca. Empresarios y tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia, 1860 – 1980*, 1ª edición. Bogotá: Banco Popular.

SARAMAGO, José (2001). *Historia del cerco de Lisboa*. Colombia: Editorial El Tiempo.

THOMPSON, Edward Palmer (1984). *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, 2ª edición. Barcelona: Editorial Crítica.

van DIJK, Teun (2003). *Ideología y discurso*, 1ª edición. España: Ariel Lingüística.

ZERMEÑO, Padilla, Guillermo (2002). *La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México.